

**Bosquejo de los mensajes  
para el Entrenamiento de Tiempo Completo  
del semestre de primavera del 2014**

-----

**TEMA GENERAL:  
LA ECONOMÍA E IMPARTICIÓN DE DIOS**

Mensaje diez

**Disfrutar la impartición de la Trinidad Divina  
en la transformación divina con miras a la conformación divina  
(1)**

Lectura bíblica: 2 Co. 3:18; Ro. 8:28-29; 12:2; Fil. 3:10; He. 10:19-20; 1 P. 2:21

- I. Ser transformados consiste en que Cristo se añada a nuestro ser a fin de reemplazar lo que somos, de modo que Él crezca en nosotros y nuestra vida natural mengüe; la transformación es un metabolismo divino y espiritual que se produce al añadirse el nuevo elemento de Cristo como Espíritu vivificante a fin de desechar el viejo elemento de nuestro ser natural y hacernos una nueva creación—2 Co. 3:18; Ro. 12:2; Gá. 6:15; Jn. 3:30; Col. 2:19:**
- A. Nuestra vida cristiana y nuestra vida de iglesia son una vida que va “de gloria en gloria”; la gloria es el Cristo resucitado, el Cristo que “florece”, quien es el Espíritu vivificante—2 Co. 3:18; 4:1, 16-18; Jn. 12:23-24; 17:1; Lc. 24:26:
1. Ahora que el Espíritu mora en nuestro espíritu, debemos ejercitar cada vez más nuestro espíritu al orar, leer la Palabra e invocar el nombre del Señor—Ef. 6:17-18; Sal. 71:14; Pr. 4:18-23; Jue. 5:31; Mt. 13:43.
  2. Somos transformados al ser renovados en el espíritu de nuestra mente; el espíritu mezclado se propaga a nuestra mente hasta saturarla, poseerla, conquistarla, subyugarla y dominarla; de este modo, automáticamente somos renovados en la parte emotiva y en la voluntad, puesto que la mente calibra la parte emotiva e influye sobre la voluntad—Ro. 12:2; 8:6; Ef. 4:23; cfr. Ro. 7:25.
- B. El resultado de ser transformados por medio de la renovación de la mente es que los creyentes llegan a ser materiales preciosos —oro, plata y piedras preciosas—, útiles para la edificación de la iglesia—1 Co. 3:9-12; Sal. 68:11-13, 19-20:
1. El oro, la plata y las piedras preciosas representan las varias experiencias que tenemos del Dios Triuno como también atributos del Dios Triuno: Dios el Padre en Su naturaleza divina es el oro, Dios el Hijo en Su redención es la plata y Dios el Espíritu en Su obra transformadora es las piedras preciosas—1 Co. 3:12a.
  2. La transformación es el proceso en el cual los atributos del Dios Triuno se forjan en los creyentes que le buscan para convertirse en las virtudes de ellos; esta transformación ocurre únicamente en la vida apropiada de iglesia por medio de algunos perfeccionadores, “transformadores”, quienes cooperan con el Dios Triuno que transforma—Cnt. 1:10-11; Ef. 4:11-12.
  3. A medida que la corriente de la vida divina fluye en nosotros en medio del calor y la presión y por medio de nuestra práctica de hablar con el Señor constantemente, nosotros participamos de la divinidad de Dios, lo cual nos hace iguales a Dios en vida y naturaleza—Fil. 2:5; 4:6; Jn. 3:15; 2 P. 1:4.

**II. La transformación da por resultado que seamos conformados a la imagen del Hijo de Dios, para que Él sea el Primogénito entre muchos hermanos; ser conformados a Cristo es nuestro destino y nuestra meta—Ro. 8:28-29:**

- A. La transformación es una experiencia interna e incluye un cambio metabólico en forma, mientras que la conformación es una experiencia externa e incluye la acción moldeadora que nos amolda a cierta imagen.
- B. Necesitamos ser salvos en la vida de Cristo de manifestar la semejanza del yo a fin de tener la semejanza de los hijos de Dios; ser salvos de manifestar la semejanza del yo equivale a ser conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios con miras a Su expresión corporativa—5:10.
- C. Actualmente nos encontramos en el proceso de madurez, es decir, en el proceso de transformación y conformación a fin de que lleguemos a ser hijos de Dios en realidad, con miras a que el Señor recobre la expresión de Dios—He. 6:1a; 2:1, 3, 10-11.
- D. La conformación denota la acción moldeadora de vida, la cual nos da la forma, el molde, la imagen, del Hijo primogénito de Dios.
- E. Con respecto a esto, nuestro esfuerzo propio de nada sirve; lo único que prevalece es la vida divina que crece en nosotros, nos santifica, nos transforma y nos amolda; lo que necesitamos es experimentar la vida divina de una manera más completa—*Himnos*, #173.

**III. Estamos siendo configurados a la muerte de Cristo por el poder de Su resurrección a fin de ser librados del yo introspectivo—Fil. 3:10; Cnt. 2:8-14:**

- A. Hemos sido bautizados en Cristo y puestos en Cristo; puesto que estamos en Él, todo lo que Él ha experimentado llega a ser nuestra historia—Gá. 3:27; 1 Co. 1:30.
- B. Debemos orar pidiéndole al Señor que nos dé una clara visión del hecho de que estamos en Él y de que hemos sido crucificados juntamente con Él; la frase *sabiendo esto* en Romanos 6:6, en efecto, se refiere a ver un hecho en una visión espiritual.
- C. Con base en el hecho de que nuestro viejo hombre, nuestro ser caído y natural, ha sido crucificado juntamente con Cristo, debemos cooperar con el Espíritu que mora en nosotros para crucificar la carne, que es la expresión de nuestro ser en nuestro vivir práctico—Gá. 5:16, 24.
- D. Hacer morir por el Espíritu las prácticas del cuerpo significa que no vivimos habitualmente conforme a la carne; para ello, se requiere que coordinemos con el Señor ejercitando nuestra voluntad; debemos tomar una firme decisión y decir: “Señor, estoy de Tu lado. Deseo ser configurado a Tu muerte. Señor, ten misericordia de mí para que ya no viva habitualmente conforme a la carne, sino que deseche todos los hábitos de mi vida natural”—Ro. 8:13; 1 Ti. 4:7; Fil. 1:21a.
- E. Debemos tomar el molde de la muerte de Cristo como el molde de nuestra vida; el molde de la muerte de Cristo se refiere al hecho de que Él continuamente hizo morir Su vida humana, a fin de vivir por la vida de Dios—Jn. 6:57; Is. 7:14-15.
- F. A medida que somos configurados a tal molde, morimos a nuestra vida humana a fin de vivir por la vida divina; es así como somos configurados a la muerte de Cristo por el poder de Su resurrección a fin de ser librados del yo introspectivo—Cnt. 2:9, 14.
- G. Ser configurados a la muerte de Cristo debe ser nuestra experiencia diaria—1 Co. 15:31.
- H. Llevar la cruz es permanecer bajo el aniquilamiento de la muerte de Cristo a fin de que sean eliminados nuestro yo, nuestra vida natural y nuestro viejo hombre—Mt. 16:24.
- I. Llevar la cruz significa no alejarnos de la cruz, permanecer en la muerte de Cristo y hacer de Su muerte nuestro hogar; una persona que lleva la cruz es alguien que es uno con la cruz e inseparable de la cruz—Gá. 6:17; cfr. Ap. 21:21.

- J. La experiencia genuina de negarnos a nuestro yo, tomar la cruz y perder la vida de nuestra alma ocurre únicamente cuando estamos en la comunión del Espíritu Santo mientras recibimos a Dios en nuestro espíritu para expresar a Dios por medio de nuestra alma, a fin de que Él sea nuestro gozo inefable; únicamente al vivir en la comunión del Espíritu Santo podremos verdaderamente ver estas cosas y, así, nuestra experiencia de estas cosas será auténtica—2 Co. 13:14; 1 Jn. 1:3; Sal. 43:4a.
- K. Con relación a los creyentes, perder la vida de su alma significa aborrecer (no amar más que al Señor) a padre, madre, cónyuge, hijos, hermanos, hermanas y, más aún, aborrecer la vida de su alma, a fin de que su alma pueda ser salva del castigo dispensacional en la era venidera para participar en el gozo del Señor—Mt. 10:37-39; Lc. 14:26; 1 P. 1:9; Mt. 25:30; 24:51; He. 10:39.

**IV. Disfrutamos la impartición de la Trinidad Divina en la transformación divina con miras a la conformación divina al entrar en el Lugar Santísimo por medio de la sangre de Jesús a fin de seguir a Jesús—vs. 19-20; 1 P. 2:21:**

- A. El Lugar Santísimo hoy en día está en el cielo, donde el Señor Jesús está, pero el propio Cristo que está en el cielo ahora también está en nuestro espíritu; cuando nos volvemos a nuestro espíritu y ejercitamos nuestro espíritu, entramos por la puerta del cielo y contactamos a Cristo como trono de gracia y escalera celestial, a fin de que Dios se infunda completamente en nuestro ser y nosotros seamos unidos a Dios—He. 9:12, 24; 2 Ti. 4:22; 1 Co. 6:17.
- B. Cuando nos acercamos a Cristo, el trono de la gracia, la presencia reinante del placentero Dios, en nuestro espíritu, lo recibimos a Él como misericordia y lo hallamos como gracia para el oportuno socorro, el cual se ajusta exactamente a nuestra situación y necesidad—He. 4:16.
- C. Después de indicarle a Pedro con qué muerte glorificaría a Dios, el Señor Jesús le dijo: “Sígueme”—Jn. 21:19:
  - 1. El “me” a quien debemos seguir está en nosotros; debemos seguir al Señor no según nuestra propia voluntad, sino conforme a Su dirección—v. 18; Ro. 8:14.
  - 2. Además, debemos seguirle sin prestar atención a lo que otros hagan; cuando Pedro le preguntó acerca de Juan, el Señor le dijo a Pedro que lo que le sucediera a Juan no era asunto de Pedro y que él simplemente debía seguirle—Jn. 21:20-22.
- D. Seguir al Señor es entrar detrás del velo y salir del campamento—He. 6:19-20; 13:13; Éx. 33:7-11:
  - 1. Estar más allá del velo es entrar en el Lugar Santísimo, nuestro espíritu, donde el Señor está entronizado en gloria, y salir del campamento es salir de la religión, de donde el Señor fue arrojado al ser rechazado—1 P. 2:21.
  - 2. Cuando entramos detrás del velo al entrar en nuestro espíritu, gustamos de la dulzura del Cristo celestial, a fin de ser fortalecidos para salir del campamento abandonando la tierra y todo afecto terrenal.
  - 3. Cuanto más estemos en nuestro espíritu, disfrutando al Cristo celestial, más saldremos del campamento de la religión, siguiendo al sufriente Jesús.
  - 4. Estar detrás del velo es estar en el Lugar Santísimo, en una esfera donde participamos de Cristo y le disfrutamos como el maná escondido, la vara que reverdece y la ley de vida, lo cual resulta en la expresión corporativa de Dios para el cumplimiento de Su propósito eterno—He. 9:3-4.